JUÁREZ FUNDADOR

COMO dijo Ocampo un día (un día decisivo en la historia del partido liberal), no eran definibles las divisiones que las circunstancias hacían y deshacían en el famoso PARTIDO DEL PROGRESO, que decía Mora y que era propiamente el partido liberal. Considerando con serena filosofía el criterio de esta masa ilustrada que arrastraba en pos suya grupos más ó menos importantes del país capaz de pensar en materias políticas, nos hallamos en la necesidad de clasificar en una porción á los que pretendían dejar al tiempo, es decir, á la tendencia normal de todo lo organizado á transformarse, que es lo que hoy llamamos evolución, el cuidado de llevar á la realidad los DESIDERATA que eran comunes al grupo entero y que figuran en todas nuestras Constituciones con la denominación más ó menos varia de «Derechos del Hombre y del Ciudadano». Los impacientes, los que creían que aplazar era aplazar indefinidamente, fiaban la realización de sus deseos á una de esas evoluciones uniformemente aceleradas que se llaman revoluciones. Inútil es decir que estos grupos no tenían aledaños fijos, sino que frecuentemente se mezclaban y compenetraban; por eso hemos visto formar indistintamente bajo una ú otra bandera á hombres que parecían no poder figurar sino en las filas de determinado bando. Puede decirse que sobre un solo principio político se marcaba cierta substancial diferencia : los liberales revolucionarios eran intransigentes federalistas. Las condiciones en que la Federación nació, la contraposición entre los intereses del Centro y los de diversos centros provinciales, y la creencia, sobre todo,

19

de que la verdadera garantía de los principios liberales residía en la coalición de las fuerzas de los Estados contra el Centro, fueron poco á poco acentuando un modo de ver que consistía en hacer inseparables las doctrinas reformistas de la autonomía é independencia cada vez más positiva de las entidades federadas. Los moderados no; los moderados, federalistas en el sentido de la Constitución de 24 que retardaba la solución de todas las cuestiones ligadas con la magna cuestión de la libertad de conciencia, fácilmente sacrificaban ese capítulo de su credo político á la seguridad de afianzar mejor la unificación del país que, con razón, creyeron la condición suprema de existencia de nuestra nacionalidad. Así los vemos figurar en las situaciones creadas por el centralismo, y á ellos en buena parte se debe la disolución de gobiernos de este tipo cuando intentaban perpetuar tiranías militares desapoderadas; y ellos fueron en realidad los autores de Constituciones que, como las Bases Orgánicas, eran, por tantos motivos, plenamente liberales.

***

℄ Desde que el conflicto con los Estados Unidos pareció inevitable consecuencia de la segregación de Tejas, el partido moderado mantuvo su creencia de que era preciso sacrificar lo que ya no podía conservarse, para salvar todo lo demás; persuadido, sin decirlo, de que los tejanos, en riguroso derecho, habían obrado legítimamente al declararse definitivamente segregados de una república que cesaba de ser federal, y convencido, por otro lado, de que en nuestro estado de debilidad fundamental estábamos expuestos á perderlo todo, aun el honor nacional, no tuvieron los moderados otra mira que evitar á todo trance la lucha armada, dejando á salvo, en lo humanamente posible, la dignidad nacional. Los consejeros del General Herrera así lo entendían, y pretendieron, con supremos esfuerzos, armonizar lo que consideraban, con toda razón, necesidades ineluctables, con el orgullo nacional que preveían muy fácil de transmutarse en depresiones del espíritu político y en pánicos universales. Y éstas eran las situaciones que aquellos liberales de gobierno querían sortear á todo trance, porque ellas sí los pondrían completamente á merced del invasor. Cuando la guerra, que habían querido evitar, se convirtió en un deber sagrado para los ciudadanos, pusieron cuanto estuvo de su parte para mantener, no en el puesto de la victoria, pero sí en el de la honra, la bandera de la Patria; por desgracia, si todo el partido liberal coincidió en esta resolución suprema, llegó un momento en que el grupo que parecía definitivamente unido ante el peligro común, se dividió en la cuestión de los medios de arbitrar recursos que apremiaba improvisar para hacer frente á las exigencias de la guerra. Entonces, precisa confesarlo, quienes estuvieron del lado del patriotismo y de la conveniencia nacional, fueron los puros; lo hemos visto ya.

℄ Al siguiente día de la ocupación de Méjico, á la hora en que toda esperanza, no ya de victoria, sino de honor, se desvanecía en el ambiente en que la bandera

de las estrellas ondeaba sobre el Palacio Nacional, el partido puro desapareció, ó uniéndose al ultra-conservador en una convulsión de resistencia á la paz (la paz era, sin embargo, la fórmula única de la conservación nacional), ó fundiéndose en el grupo liberal de gobierno que sacó avante á la República de una situación desesperada.

℄ El partido liberal de gobierno cuyo núcleo estaba formado por los grandes moderados que habían querido evitar la guerra, se encargó de formar un cuerpo capaz de reasumir la autoridad que Santa Anna, vencido y anonadado, había dejado caer al suelo en la cabalgata loca que había emprendido por los Estados de Oriente; el preclaro patricio Peña y Peña, con sus honrados ministros y un congreso que había acudido á Querétaro al escuchar su gran voz desolada y solemne, pudieron decir á la Invasión casi al día siguiente de nuestras supremas derrotas: «La Nación está vencida y desarmada, pero existe, está con nosotros, somos la Nación». Y los que habían dirigido aquella guerra, que había sido una mala acción, se inclinaron ante una legión de abogados sin espadas ni cañones; se inclinaron satisfechos de su conquista, pero ni sin respeto ni sin remordimiento acaso.

℄ Sublimes de patriotismo oratorio, los opositores á los tratados querían fieramente la prosecución de la guerra, sin sentirse amedrentados por la seguridad de que el resultado final fuese la pérdida de otra tercera parte de la República y acaso su ocupación indefinida; sin perder un momento el gobierno de sí mismos, los hombres que fueron á lo que algunos han llamado, con una ausencia estupenda de instinto histórico, «el ominoso tratado de Guadalupe–Hidalgo», y que así aseguraron la supervivencia de nuestra mutilada nacionalidad, organizaron (porque no había qué reorganizar), legalizaron, pusieron en pie, vivo aunque débil, un estado de cosas. Exánime el Centro y la Federación viviendo, como siempre vivió, de la debilidad central, surgieron los gobiernos de Herrera y Arista; la obra de rehacer una Patria, no con frases ni con discursos, sino con actos de economía administrativa, que tenía que empezar por aplicarse al ejército y que acabar por la desamortización de los bienes eclesiásticos, desde el momento que quedase patente, gracias á pacientísima labor, el monto de nuestra deuda, no podía tener más éxito que el que estuviese en relación con la moralidad de los burócratas, con la constitución de un ejército selecto pero fidelísimo, y con el concierto absoluto de los Estados y el Centro. De todo hubo algo, pero algo no más.

***

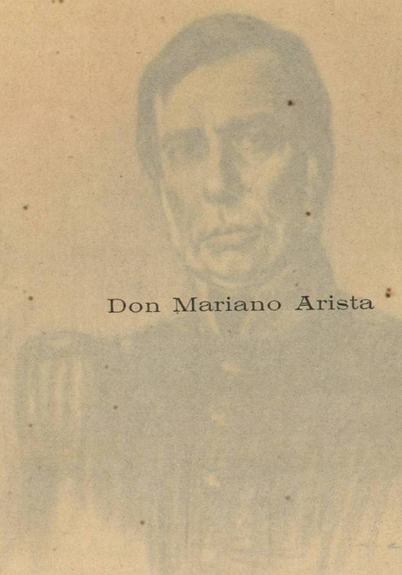
℄ En los Estados, Juárez y Ocampo, sin ceder un ápice de los derechos de las entidades que gobernaban, se mantuvieron adictos al Centro; Ocampo, temperamento mucho más revolucionario que Juárez, que aun en los períodos de mayor agitación política se mostró un hombre de gobierno, Ocampo, decimos, inició la lucha contra los abusos del clero en Michoacán y ligó así el programa del par-

tido liberal nuevo, que comenzaba á levantar por todas partes la cabeza juvenil resuelto á las luchas decisivas, con el de los precursores de la Reforma. Ocampo quedó sindicado de PELIGRO SOCIAL; Alamán, en el famoso MEMORÁNDUM que fué la norma gubernamental del partido conservador en la última administración santanista, lo señalaba como tal; era la encarnación del espíritu nuevo de revuelta, heterodoxo y anarquista, por ende, porque ser enemigo de la Iglesia era, según la creencia de entonces, procurar la subversión de todo orden social.

℄ Llegó ese estado singular de que, al estallar la revolución en Guadalajara en 1853, adolecía el país entero, que, con un gobierno liberal, sensato, probo, de orden y economía, sin grandes vuelos ni ideales altos, pero con propósitos firmes y realizables de mejora social, no opuso resistencia á una revuelta descosida y fantástica, que no contenía entre sus cláusulas más que una bien definida, la vuelta de Santa Anna. Un observador atento podía puntualizar la causa del mal: la República no se sentía gobernada; la acción de la autoridad suprema, no sólo no llegaba á las extremidades, sino que estaba imposibilitada de imponerse á los órganos primordiales del gobierno.

℄ Todo se disolvió en un caos de oposiciones insensatas de los legisladores, que tuvieron por resultado los avances de la rebelión cada vez más militarizada, la disolución de los gobiernos locales, la renuncia del Presidente Arista, el golpe de estado de Ceballos y, al fin, la vuelta del perenne Santa Anna embarcado en el programa conservador de Alamán, según él mismo creía; embarcado en su ambición de poder y de placer, según lo exigían su naturaleza y su historia.

℄ No había programa posible para un hombre así; había propósitos que llevaba á cabo con actividad febril cortada por intermitencias «de sibaritismo crónico», como dice Jorge Sand hablando precisamente de él. Sus propósitos eran dos: rehacer el ejército de que sólo quedaban fragmentos dispersos y convertirlo en la institución suprema del país, subordinándolo todo á su esplendor y á su fuerza; subordinárselo personalmente, interesándolo en ser sumiso y fiel al Presidente, es decir, constituyéndolo en guardia pretoriana: tal era el número uno del estatuto que Santa Anna daba al país desde el fondo de su voluntad y de sus ambiciones, que hacían veces de conciencia en él; y en ese número estribaba el subprograma de orden en los caminos y de desorden en la administración, de persecución feroz á los salteadores y de tolerancia con los prevaricadores. El segundo propósito consistía en fomentar las mejoras materiales; este propósito lo revelaba el ingreso de hombres como el Señor Lerdo de Tejada (Don Miguel) en la administración pública, próposito excelente y trascendental como pocos; realmente el porvenir económico del país dependía de su realización; pero el «dadme buena política y os daré buenas finanzas», del abate Louis, tenía aquí su aplicación plena; sin dinero, sin crédito no había posibilidad de mejoras, como tuvieran que pasar del papel á la realidad, y entre el ejército, el presidente y el agio, todo desaparecía súbitamente devorado: entradas aduanales, subsidios del clero y millones de la Mesilla. Estos millones provenían de un tratado racional en el fondo, si no hubiese contenido más que la venta forzada y forzosa de un territorio que era imposible ni ocupar, ni conquistar, ni explotar, lo que mantenía sobre nues-



Don Mariano Arista